

## *Contrición en el Adviento<sup>1</sup>*

1. La figura central del tiempo de Adviento es, sin duda alguna, la Virgen María. La contemplamos estos días previos a la Navidad, embarazada, con una ilusión indescriptible de recibir y atender al Hijo que lleva en su seno y está a punto de nacer. También es muy importante el profeta Isaías al que, el gran biblista san Jerónimo, consideraba *el evangelista del Antiguo Testamento*, por la cantidad y la calidad de sus alusiones al futuro Mesías del pueblo de Israel.

Pero hay un tercera figura notable en este tiempo litúrgico, san Juan Bautista. La Providencia le confió la gran tarea de preparar el camino del Señor. Y el evangelio nos lo presenta hoy recorriendo la comarca del Jordán y predicando un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados.

La propuesta es muy clara. Con las bellas metáforas del Isaías, se nos invita a hacer rectos los senderos, a rellenar lo que está vacío, rebajar lo que ha crecido desordenadamente, enderezar lo que se ha torcido... Cada uno tenemos que hacer un trabajo de transcripción de estas imágenes a nuestra propia vida. Y preguntarnos: en estos momentos, en mi situación actual, ¿qué tengo que cambiar?, ¿qué tengo que rellenar, rebajar, enderezar, allanar...?

2. Todo lo anterior se resume en una sola palabra: *conversión*. ¿Qué tengo que hacer en este Adviento para convertirme, para poder recibir del modo más digno a Jesús que ya viene? Se trata, como apunta san Pablo en la segunda lectura, de *llegar limpios e irreprochables al día de la venida de Cristo, llenos de los frutos de la justicia<sup>2</sup>*.

Una recomendación muy puntual: *acudir a la confesión*. Y, quisiera completar esta propuesta invitándolos a evitar dos errores opuestos. El de quien no se confiesa nunca y el de quien se confiesa, sí, incluso con frecuencia, pero sin las mejores disposiciones.

Algunos no se confiesan simplemente por descuido. Por que lo dejan para un mañana que nunca llega. Buscando unas circunstancias ideales que no se suelen presentar, estas personas retrasan una y otra vez su decisión, acumulando durante meses o años, en todos los rincones de su alma, polvo y basura que muy bien podrían quitarse de encima. En otros casos el problema es más serio. Una oculta y no reconocida soberbia les lleva a pensar que ellos no necesitan de intermediarios. Que los sacerdotes no son dignos de representar a Dios y, por tanto, en caso necesario ellos se pueden confesar directamente con Dios. Esta equivocada actitud, obviamente, no corresponde ni a las enseñanzas de Jesús que recogen los textos bíblicos, ni al sentir de la Iglesia que siempre ha enseñado que la confesión personal, auricular, es el medio ordinario para obtener el perdón de los pecados graves cometidos después del bautismo<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Homilía en el segundo domingo de Adviento, ciclo C.

<sup>2</sup> Segunda lectura, *Filipenses* 1, 11.

<sup>3</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1440-1445.

3. El otro error, tal vez más frecuente entre quienes, como ustedes, vienen habitualmente a misa los domingos sería, decíamos, el de acudir a este sacramento de una manera un tanto rutinaria, sin las debidas disposiciones. Y, muy concretamente, sin ese indispensable dolor de las faltas que la tradición católica llama *contrición*. *Un dolor del alma* –nos enseña el Catecismo- *y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar*<sup>4</sup>.

Contrición, por tanto, es lo que solemos llamar *arrepentimiento y propósito de enmienda*. A lo que yo añadiría, para clarificar un poco más, una distinción. Si este arrepentimiento se inspira en *la caridad hacia Dios, se le llama perfecto; si está fundado en otros motivos* (el aborrecimiento del pecado por su fealdad o por el temor de la condenación eterna) *se llama imperfecto*<sup>5</sup>. La contrición perfecta, por otra parte, es tan grata a Dios que, por sí misma, nos perdona los pecados veniales e incluso los mortales si va acompañada de *la firme resolución de recurrir tan pronto sea posible a la confesión sacramental*<sup>6</sup>.

Hay un serio peligro al que todos estamos expuestos. Y es el acostumbrarnos a nuestros propios pecados y debilidades. Lo que se acentúa cuando los penitentes reinciden una y otra vez y no terminan de cortar, con decisión, con las ocasiones que les llevan a pecar. Entonces ocurre, lamentablemente, que se confiesan de los mismos pecados una y otra vez, pero sin el debido dolor, sin verdadero propósito de enmienda y, en consecuencia, no cambian. Traería a colación una interesante cita no de un Padre o Doctor de la Iglesia, sino de un célebre científico judío del siglo pasado, Alberto Einstein: *Es una locura hacer la misma cosa una y otra vez esperando obtener resultados diferentes. Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo*<sup>7</sup>. No vendría mal recordar esta observación de sentido común a más de algún penitente de nuestra parroquia.

4. Pidámosle al Señor, durante estos días, mirando con atención la amable y exigente figura de san Juan Bautista, el precioso don del verdadero dolor de nuestras faltas. Que la gracia de Dios nos dé una piel fina que sepa reaccionar con prontitud ante lo que supone ofensa a Dios. Y que, cuando acudamos a recibir el perdón en la confesión, lo hagamos, de verdad, con propósito de enmienda. Así nos introduciremos con un buen traje, un buen vestido, en el gran banquete de la próxima Nochebuena.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 9 de diciembre de 2018.

---

<sup>4</sup> *Ibid.* n. 1451.

<sup>5</sup> *Ibid.* 1492.

<sup>6</sup> *Ibid.* 1452.

<sup>7</sup> *35 grandes frases de Albert Einstein para reflexionar*, Fernando Pino.